

1756

7

1

5



SANCHEZ

SERMONES

VARIOS



BX17

S2

V.7

c.1

135785

252

José Angel Benavides.



1080046339



252

E # 2 - C # 43



SERMONES VARIOS.

TOMO VII.

SERMONES

VARIOS

PANEGÍRICOS, MORALES,

Y DE MISTERIOS.

SU AUTOR

*El P. Fr. Sebastian Sanchez Sobrino,
Lector dos veces jubilado, Doctor en
Teología, Calificador del Santo Oficio
&c. Morador en el Convento de San
Antonio Abad de Granada.*

TOM. VII.



Con las licencias necesarias.

Madrid: Por la Viuda de Barco Lopez.

Año de 1817.

182782
38102

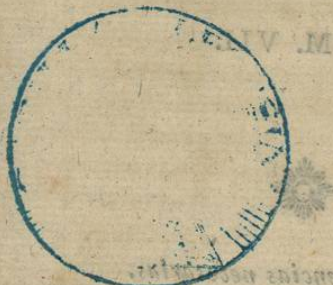
6571XB
S2
V.7

SERMONES
VARIOS
PANEGRICOS, MORALES,
Y DE MISTERIOS.

SU AUTOR

El P. Fr. Sebastian Sanchez Sabido,
Lector dos veces jubilado, Doctor en
Teologia, Catedrático del Santo Oficio
de Moralidad en el Convvento de San
Antonio Abad de Granada.

TOM. VII.



Con las licencias necesarias
Madrid: Por la Viuda de
DEL ESTADO DE NUEVO LEON

135785

38102



ed. de las obras de este autor
con el fin de que se relacione
a los que se han publicado en
Cada
ADVERTENCIAS

Á LOS PREDICADORES JÓVENES.

El ardiente deseo que siempre he
tenido de ver tratado con utilidad,
decoro y dignidad el sagrado minis-
terio del púlpito, me ha estimulado
finalmente á manifestar al público al-
gunos vicios en que de ordinario in-
curren los nuevos alumnos de esta
carrera, ya sea por falta de princi-
pios, ó ya de buenos modelos. Mas
porque nadie presume descubrir es-
tos defectos con el fin de desacredi-
tar á alguno de mis hermanos apli-
cados á este sublime y delicado mi-
nisterio, protesto desde luego que
mi intencion no es otra que remo-
ver de la cátedra del Espíritu Santo

Tom. VII. A

aquellas faltas que pueden hacer inútil la palabra divina, ó poco honor á los ministros de ella, sin relacion alguna á determinada persona. Cada cual podrá ser juez de sí mismo en esta parte, y corregir su propio vicio á honra y gloria de Dios y bien de las almas, que es todo el objeto de la predicacion evangélica.

Ni es mi ánimo hacer presentes todos los defectos que en mas de cuarenta años de ministerio he observado en algunos oradores. Limítome pues por esta vez á los vicios que son mas ordinarios en la pronunciacion, accion y estilo.

En primer lugar, la monotonia ó igualdad de voz y de expresion en todo el discurso es vicio muy comun en los principiantes, por el miedo tal vez que llevan de perderse. Otros por el contrario levantan, baxan y hacen tantas inflexiones con la voz, que se molestan á sí mismos

y al auditorio. Procuren pues arreglarse á el arte, para saber cuándo han de hablar con la voz llena, cuándo con la ténue, cuándo con inflexion, cuándo con acrimonia, &c.; pues á cada parte del discurso corresponde tono diferente, segun los buenos oradores.

Asimismo, unos predicán tan despacio, que parece se proponen conciliar el sueño á sus oyentes, otros van tan de prisa, que apenas dexan percibir un sonido informe de la palabra, sin dar tiempo á su inteligencia. Ambos extremos son viciosos, é impiden el fruto de la doctrina.

Ademas, causa compasion ver á algunos á quienes dotó el Señor de accidentes para el púlpito, que por imitar, ó mas bien remedar, á este ó al otro que corren con aceptación en el pueblo, se hacen ridículos, y solo consiguen ser distinguidos en él por esta extravagancia. Lo cierto es

que Demetrio y Estratócles no hubieran sido tan excelentes en la oratoria, segun el testimonio de Quintiliano, si el primero hubiese querido imitar la acrimonia y vehemencia del segundo, ó este la suavidad y dulzura del primero.

No son menos freqüentes y notables los vicios de la accion y del gesto. Quién abre y extiende las palmas de la mano, como si fuese á recibir limosnas; quién las cierra, como el que va á beber con ellas, segun la comparacion del V. Fr. Luis de Granada. Unos extienden los brazos, como si fuesen á ponerse en cruz, ó hablar con los codos; otros los encogen de tal forma, que parecen mancos ó paralíticos. Este levanta las manos sobre la cabeza como si fuera á alcanzar fruta de un árbol; aquel las baxa tanto como si fuese á sacar algo de un hoyo. Unos hieren el púlpito con tanta violen-

cia, que es de temer si alguna vez dan con él en tierra, ó se desconciertan mano ó pie; otros dan tantas palmadas como pudieran en una de las fiestas que llama el vulgo de *cascabel gordo y candil en viga*. Qual trabaja tanto con los pies, las manos y el cuerpo, que sale rendido, y el ruido que mueve fastidia al auditorio, é impide su atencion; qual pone todo su conato en imitar la accion y gesto de los cómicos, de suerte que parece pantomimo.

Todo esto se opone directamente al decoro y magestad de la palabra; al aprovechamiento de ella, y hace poco honor al ministro del Evangelio. Este debe siempre hablar con la gravedad y circunspeccion que exíge el ministerio, sin proferir jamas palabra, ni executar accion ni movimiento que pueda excitar la risa ó el menosprecio en el ánimo de los oyentes.

Mucho podria decir en órden al estilo si fuera de mi instituto dar reglas de eloqüencia; pero no es este mi fin, sino exponer sumariamente los defectos que se cometen en el púlpito. El que ha saludado apenas el arte de hablar sabe que el estilo se divide en humilde ó comun, medio y sublime. Cada uno es perfecto en su género, sin ser inferior al otro, segun los oradores. Cota fue excelente en el humilde, Hortensio en el medio, y Sulpicio en el sublime. La perfeccion de todos consiste únicamente en acomodar á cada uno lo que le es propio, y no en la eleccion de las palabras; pues como Ciceron afirma, no son distintas las del discurso de las de la disputa; ni para la escena y pompa se deben adoptar de diverso género que para el uso diario. Ellas son, añade, como una blanda cera, de que hacemos la figura á nuestro ar-

bitrio. Ya somos graves, ya sutiles, ya tenemos un medio. Qual fuere, concluye, la composicion, tal será el estilo; si sutil humilde, si templada medio, si grave sublime. Esta composicion consta de colocación, número y figura; y estas tres cosas son las que hacen toda la diferencia de los estilos. Los autores de la eloqüencia hablan sobre el que corresponde á cada materia.

Baste insinuar por ahora, que las oraciones de Ciceron contra Catilina, y la *pro Cornelio Balbo* son piezas excelentes del estilo sublime. En el mismo habló L. Camilo *apud Titum Livium*, quando persuadió á los Romanos á no desamparar la capital; y Virgilio trae un hermoso pasage del mismo género en el libro VI. de la Eneida, que empieza:

Principio cælum ac terras, camposque liquenteis &c.

Por lo que hace al estilo medio, que

Ciceron compara á un rio que corre con mansedumbre y sin estrépito, y que juzga propio de los elógios, declamaciones, panegíricos, historias, y de todo lo correspondiente al género *epidictico* ó demostrativo, podrán los principiantes ver dos excelentes modelos del citado autor; conviene á saber, la oracion *pro M. Marcelo*, y la *pro lege Manilia*.

En orden al estilo humilde dice Alfonso García Matamoros, que usaron de él Terencio y Plauto en sus comedias, Ciceron en casi todas las epístolas, y César en sus comentarios, sin desmerecer por ello la opinion de los sábios. Pretender siempre producirse en estilo sublime, seria, dice con gracia este autor, querer calzar á un pigmeo los borceguies de Hércules. Igualmente ridículo seria acomodar todas las cosas al estilo humilde, vicio llamado *miosis* ó diminucion, como su opuesto *bomphiologia* ó arrogancia.

En ésta, ó por mejor decir, en el *asiatismo*, lleno de voces y figuras, y vacío de substancia, incurren de ordinario los oradores principiantes, y aun algunos ya adultos. Todo lo quieren decir en estilo sublime. Aprenden, no sin error, que éste consiste en la variedad de sentencias, en la frecuencia de tropos y figuras, en la amenidad, ó mas bien almacén de periodos y voces sinónimas, de frases altisonantes y clausulones poco ó nada usados en la lengua, y con solo esto se juzgan ya erigidos en perfectos modelos del estilo sublime. ¡Qué bien los retrata Jorge Pitillas en su sátira! quando dice:

Tambien yo soy al uso literato,
Y sé decir *rhomboides*, *turbillones*,
Y blasfemar del viejo *peripato*...
Hablo francés, aquello que me
basta

Para que no me entiendan, ni yo
entienda,

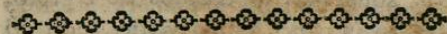
Y fermentar la castellana pasta ;
 Y aun por eso me *choca* la leyenda,
 En que no *arriva* hallarse un
apanage ;
 Bien entendido que al discreto
 ofenda,
Batir en ruina es célebre pasage,
 Para adornar una española pieza,
 Aunque Galban no entienda tal
 potage....
 Déxame lamentar el desvarío
 De que nuestra gran lengua esté
 abatida,
 Siendo de la eloqüencia el mayor
 rio.
 Es general locura tan crecida,
 Y casi todos hablan qual pudiera
 Velloso Geta, ó rústico Numida.
 Ni es inferior el retrato que de esta
 clase de escritores y oradores de
 relumbron y altisonantes hizo nues-
 tro célebre Iriarte en una de sus fá-
 bulas literarias, quando dice :
 Ello es que hay animales muy

científicos
 En curarse con varios específicos,
 Y en conservar su construccion
 orgánica,
 Como hábiles que son en la bo-
 tánica ;
 Pues conocen las yerbas diuréti-
 cas,
 Catárticas, narcóticas, eméticas,
 Febrífugas, estípticas, prolíficas,
 Cefálicas tambien, y sudoríficas.
 En esto era gran práctico y teórico
 Un gato, pedantísimo retórico,
 Que hablaba en un estilo enfático,
 Como el mas estirado catedrático.
 Yendo á caza de plantas saluti-
 feras,
 Dixo á un lagarto, ¡qué ansias
 tan mortíferas!
 Quiero por mis urgencias semihidró-
 drópicas
 Chupar el zumo de hojas eliotró-
 picas.
 Atónito el lagarto con lo exótico

De todo aquel preámbulo estrambótico,
 No entendió mas la frase macarrónica,
 Que si le hablasen lengua babilónica.
 Pero notó que el charlatan ridículo,
 De hojas de girasol llenó el ventrículo,
 Y le dixo: ya en fin, señor hidrópico,
 Entiendo lo que es zumo eliótrópico.
 Las voces pues de nuestro idioma puro son propias á todo género de estilos. Asi no deben reputarse ajenas del sublime, que por su gravedad aborrece toda expresion altisonante y peregrina. La lengua española, decia en otro tiempo el holandés Merula, es aguda, eficaz, concisa, grave, llena de proverbios, de sales y metáforas; y Montengon,

efemedirista de Roma, afirma que el estilo preciso, simple, y juntamente magestuoso de Horacio, quizá en ninguno de los lenguages vivos se puede imitar tan felizmente como en el español. En efecto asi lo persuade el sonido magestuoso, la abundancia, propiedad y energía de sus expresiones, que encierran cierta nobleza y magestad poco frecuente en otras lenguas vivas. No necesitan pues nuestros oradores de adoptar voces extrañas y peregrinas para la colocacion, número y figura de qualquiera de los estilos. Hablen su propio idioma para no hacerse ridículos, con detrimento del decoro de su alto ministerio, y del fruto de la palabra divina. Si no acierto á desengañarlos, aprecien á lo menos mis buenos deseos, que solo se dirigen á la mayor honra y gloria de Dios, y bien de mis hermanos. En fe de lo qual protesto de nuevo con un sabio: *Admonere vo-*

*luimus, non mordere; prodesse, non
lædere; consulere moribus hominum,
non officere. Valet.*



SERMON

DE LA RESURRECCION

DE JESU CHRISTO,

predicado en la Catedral de Grana-
da. Año 1768.

Surrexit, non est hic. Marc. 16.

ILLMO. SEÑOR:

¡Qué diferencia tan notable entre
los epitafios de los grandes de la
tierra y el de nuestro adorable Sal-
vador! Aquellos suponen una total
derrota, y éste la mas ilustre vic-
toria. *Aqui yace*, leemos sobre los